

El Iberismo: Un proyecto de espacio público peninsular

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid

Fecha de aceptación definitiva: octubre de 2007

Resumen: En los siglos XIX y XX las propuestas ideológicas del Iberismo, —historicistas, antropológicas, liberales, monárquicas o federalistas— se han sustentado en referencias geográficas y culturales. Desde ellas, la Península Ibérica era un ámbito heterogéneo en su morfología y cultura. La Unión Ibérica fue un proyecto de espacio público compartido y constante, aunque carente de voluntad política decidida. Se trataba de un reto histórico que se avivaba o adormecía dependiendo de las coyunturas. Los españoles veían en la separación de ambas naciones un azar histórico que, siendo una contingencia, era susceptible de corrección. Pero Portugal en cambio era más susceptible al roce con España que evocaba el peligro de invasión.

Palabras clave: España, Portugal, monarquía, república, iberismo.

Abstract: In XIX and XX centuries, the ideological proposals of the Iberismo —«historicistas», anthropological, liberal, federalist, monarchists— have sustained themselves in geographic and cultural references. From them, the Iberian Peninsula was a heterogeneous scope in its morphology and culture. The Iberian Union was a project of public space shared and constant, although devoid of decided political will. One was an historical challenge that was intensified or induced sleep depending on the conjunctures. The Spaniards saw in the separation of both nations and historical chance that, being a contingency was susceptible of correction. But Portugal however, he was more susceptible to the rubbing with Spain that evoked the invasion danger.

Key words: Spain, Portugal, monarchy, republic, iberismo.

«¿Qué es una Península?, casi una isla», señala Ángel Ganivet en su *Idearium Español*: «España es una península, o con más rigor, la Península, porque no hay península que se acerque más a ser una isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla; no impiden las invasiones, pero nos aíslan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes y si para la vida ideal no existen istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho. Somos una casa con dos puertas y, por lo tanto, 'mala de guardar'»¹.

Introducción

En la dialéctica contemporánea de las relaciones hispano portuguesas ha primado, por encima de la cooperación para la unidad, un marcado sesgo de la desconfianza, cuando no el antagonismo. El perfil geográfico de la identidad peninsular es un argumento recurrente en los textos del iberismo cultural a un lado y otro de la frontera. La unidad peninsular es una razón esgrimida por españoles y portugueses que, con desigual interés según los momentos, remite de pertenencia a una realidad geográfica y cultural² superior a la portuguesa o española.

El proyecto peninsular —siempre doctrinal, siempre desesperado— despierta y se adormece en el pensamiento luso-español del siglo XIX de manera secuencial³. El así llamado *ideal ibérico*, concretado en una unión o federación peninsular, surge en ambos países, España y Portugal, fundamentalmente en momentos de crisis y de regeneración, cuando las fuerzas de progreso buscan argumentos contra los males del monolitismo. Así, la normalidad en las relaciones intrapeninsulares es la distancia, la marcha en paralelo, el desconocimiento mutuo, el recelo. El Iberismo es la excepción. Una excepción no obstante bien nutrida por el entusiasmo reivindicativo de políticos e intelectuales ilustrados y de plumas brillantes.

De sobras es conocido el antiiberismo que, fundamentado en el recelo mutuo —indiferencia española y suspicacia portuguesa a partes iguales— sitúa en posición de alerta a los dos países. A los ojos de los portugueses, la identificación entre Monarquía Católica, España y Castilla tiene su origen en los tiempos de la

¹ GANIVET, Ángel: *Ideario español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1932 [*Idearium español*. Granada, Viuda e hijos de Sabatell, 1987].

² CABERO, Valentín: *Iberismo y cooperación. Pasado y futuro de la península ibérica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2002.

³ Una excelente síntesis puede leerse en TORRE, Hipólito de la: «De la distancia real al encuentro indeciso: la relación peninsular en la edad contemporánea», en *Los 98 ibéricos y el mar, Tomo I, La Península Ibérica y sus Relaciones Internacionales. Actas*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, 1998, pp. 125-154.

Unión bajo los Austrias, que gobiernan la Península como castellanos y no como representantes de una Monarquía plurinacional. La frontera, trazada desde el siglo XIII, se convierte en mucho más que una barrera económica. Parece más bien un bastión de las mentalidades inexpugnable. Los recelos dinásticos entre Borbones y Braganzas activan los mecanismos del distanciamiento. Durante la segunda mitad del siglo XIX el patriotismo portugués hace del anticastellanismo y por ende del antiiberismo, un objeto de cohesión nacionalista. Véase que no se produce un rencor equivalente hacia el permanente sometimiento británico o hacia la agresión territorial francesa.

El desconocimiento de la Historia revela el fracaso de los gobernantes peninsulares y conduce a una incomunicación cultural entre dos naciones vecinas que es insólita en Europa. Así, en ambos países el Iberismo es tomado por una línea doctrinal fructífera en los ámbitos del liberalismo progresista. A mediados del siglo XIX predominará no obstante una mentalidad estéril por antiibérica. Los nacionalismos peninsulares se comportarán de manera opuesta. Mientras el *antiiberismo* responde a la afirmación antiespañola de Portugal, el *Iberismo* expresa la respuesta centralista de España. Las visiones recíprocas y los conceptos de identidad se mueven casi siempre en el terreno común de los tópicos, aunque a dos tiempos. En la larga duración, una lectura incommovible del otro, consolida, en un tono desalentador, las percepciones de negación y de desconfianza. En el tiempo corto en cambio, salpicando la tónica secular de la indiferencia, el dinamismo de algunas coyunturas históricas anima en alternancia la querencia mutua o agudiza el recelo.

Iberismo romántico

Portugal y España se relacionan a lo largo de la época contemporánea teniendo ambas una condición de partida común: la emergencia, el desarrollo y la consolidación del nacionalismo en tanto ideología que habría de estructurar la construcción del Estado⁴. En los dos casos, la sustitución paulatina de las estructuras de Antiguo Régimen guarda referencia con los procesos liberales europeos⁵. En ambos, las condiciones de partida —la estabilidad política del Estado, las carencias de las economías internas, el precario desarrollo de las sociedades— son cuando menos difíciles. De tal modo que los procesos de articulación del Estado unitario, centralizado y moderno son retos comunes a las dos sociedades peninsulares⁶.

⁴ JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos: «La relación política luso-española», en H. de la Torre (coord.), *Portugal y España contemporáneos*. Ayer, 37 (2000), pp. 271-286.

⁵ MANIQUIS, Robert, MARTÍ, Óscar y PÉREZ, Joseph (eds.): *La Revolución francesa y el mundo ibérico*, Madrid, Turner, 1989.

⁶ TAVARES RIBEIRO, M.^a Manuela: «Los Estados liberales (1834-1839/1890-1898)», en H. de la Torre (ed.), *Portugal y España contemporáneos*, Ayer, 37 (2000), pp. 65-95; ANES ÁLVAREZ, Rafael: «El nuevo orden liberal 1834-1839/1890-1898)», en H. de la Torre (ed.), *España y Portugal. Siglos XIX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, 1998, pp. 215-225.

Desde el optimismo liberal que insufla Europa, España y Portugal se mantienen atentas a los conflictos consustanciales al establecimiento de los regímenes liberales⁷, y se muestran temerosas del contagio de la revolución⁸.

El Iberismo español⁹ de mediados del siglo XIX sigue, como el portugués¹⁰, la estela de las corrientes románticas —movimientos *panunionistas*— que recorren Europa, haciendo de la configuración del Estado-Nación el objetivo de la contemporaneidad. Por primera vez, las esperanzas depositadas en un posible proyecto iberista corren paralelas a las fuerzas históricas que ven posible una proyección descentralizada de España. En el largo proceso de las décadas centrales del siglo XIX, Portugal avanzará¹¹ a mejor ritmo que España —sometida esta última a las emergentes tensiones periféricas— en la consecución de una identidad nacional¹². Pero, a diferencia de otras naciones del entorno en las que las ideas se acompañan de la política hasta hacer realidad un conjunto de teorías en torno a la nación, los dos países peninsulares no llegaron a conseguir nunca un estadio de verdadera praxis en el proyecto iberista. Ello pudo ser expresión de diversos factores de entre los cuales la ausencia de un movimiento sólido en torno a la idea no parece carecer de importancia. Los liberales portugueses y los españoles, al amparo de un sentimiento decadentista compartido, fueron los principales impulsores de la tesis que promovía la unión peninsular. Debilitados sin embargo por las presiones e intereses de las dos grandes potencias del momento, Francia y Gran Bretaña, la propuesta de Unión Ibérica recuperaba el sentimiento nacional. Juntas, España y Portugal podrían recuperar en la sociedad internacional del momento el rango de dignidad que la historia les había conferido en el pasado.

En 1848 los exiliados españoles y los portugueses crearon en París el *Club Democrático Ibérico*, que llegó a tener cuatrocientos socios y que fue antecedente de la *Federación Republicana Peninsular*, después *Federación Latina*. La Europa romántica de mediados de siglo estaba influida por un afán reorganizador de base federalista al que ni los españoles ni los portugueses podían ser totalmente ajenos. Pero el exilio liberal que reunió fuera de la Península a los partidarios del

⁷ JOVER, José M.ª: «La percepción española de los conflictos europeos», *Revista de Occidente*, 87 (1986), pp. 5-42.

⁸ GIL NOVALES, Antonio: «Revueltas y revoluciones en España (1766-1874)», *Revista de Historia das Ideias*, 7/2 (1985), pp. 427-459.

⁹ ROCAMORA, José Antonio: *El nacionalismo ibérico*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994; TORRE, Hipólito de la: «Iberismo», en A. de Blas, *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997.

¹⁰ CATROGA, Fernando: «Nacionalismo e ecumenismo. A questão ibérica na segunda metade do S. XIX.», *Cultura, História e Filosofia*, IV (1985), pp. 419-463.

¹¹ VERÍSSIMO, Joaquim: *Historia de Portugal*, Lisboa, Verbo, 1989.

¹² MATTOSO, José: *A identidade nacional*, Lisboa, Fundação Mário Soares/Gradiva, 1998. También, SÁNCHEZ CERVELLÓ, Juan: «El nacionalismo portugués», en *Los 98 ibéricos y el mar*, Lisboa, Sociedad Estatal Expo 98, 1998, pp. 235-253.

proyecto tuvo una entidad política vaga. Más allá de cualquier otra circunstancia hay que prestar atención a la realidad peninsular en sí misma. Ni España ni Portugal estaban embarcados en procesos de cambio material capaces de dar al traste con las estructuras de Antiguo Régimen de una vez por todas. En ambas sociedades, los segmentos más innovadores carecían de vehículos para canalizar sus propios estímulos políticos. Expuestos a los azares de sus respectivas luchas internas, la cuestión del *Iberismo*, siempre presente, se mantuvo hasta la caída de la monarquía de Isabel II en un modesto segundo plano. El liberalismo exiliado daba por resuelta la cuestión del Iberismo por medio de la solución dinástica. No existía aún un verdadero proyecto modernizador sustentado en la unidad peninsular ni un sustrato social y ciudadano que reivindicase el proyecto como propio. La idea de una federación republicana carecía aún de presencia en el planteamiento iberista del liberalismo peninsular.

Por otra parte, el apego al Iberismo durante estas décadas centrales del XIX era desigual a ambos lados de la frontera. El recelo portugués hacia los efectos perversos de cualquier acercamiento en forma de unificación política se agudizó durante la dictadura absolutista de Don Miguel (1828-1832)¹³ y a raíz de las intervenciones españolas en la Patuleia y la María da Fonte (1846-1847). En España en cambio, tras el fin de la Regencia de María Cristina y ante la perspectiva política que se atisba a causa de la minoría de edad de Isabel II, se veía razonable una alianza matrimonial dinástica que proporcionase a los pueblos ibéricos —en la periferia del sistema internacional—¹⁴ la ansiada recuperación de sus capacidades frente a las dos grandes potencias del momento, Francia y Gran Bretaña. A partir de la década de 1830 el espacio peninsular quedó satelizado con respecto al tandem franco-británico. La Cuádruple Alianza era el modelo en torno al cual gravitaron las relaciones externas de España y Portugal.

Para ser justos en la evaluación del asunto, el ejercicio de influencia británica sobre Portugal carecía de una referencia paralela en España que, si bien fuera de la esfera de acción directa de las potencias, vivía igualmente sometida a su presión económica, a la vez que ignorada en la escena mundial. En las décadas que antecedieron a la crisis colonial finisecular ambos estados hubieron de adaptarse a una situación peninsular semiperiférica de dependencia —económica e internacional—, de neta subordinación con respecto a Inglaterra en el caso portugués y a Francia, en el caso español. La permanente tensión francobritánica influyó en las relaciones intrapeninsulares y, lo más importante, contribuyó a acuñar dos formas de nacionalismo contruidos sobre dos filiaciones enfrentadas. En el caso

¹³ ALMEIDA GARRET: *Portugal na balança de Europa*, Lisboa, Livros Horizonte, s.d. 1830.

¹⁴ Es interesante revisar el clásico BECKER, Jerónimo: *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX (Apuntes para una historia diplomática)*, Madrid, Jaime Ratés, 1924.

español fue muy marcada la incomprensión hacia la alianza preferente de los portugueses con Gran Bretaña; siempre la consideraron inamovible y razón suficiente para desplazar el interés bilateral hacia Portugal hasta posiciones puramente retóricas¹⁵.

En definitiva, un sector —monárquico y conservador— del Iberismo español valoró las ventajas del proyecto peninsular en clave de prestigio, inspirado en un nacionalismo centralista de signo imperial cuyos referentes históricos estaban encarnados en la España de los Austrias. Durante la década de los años cuarenta la unión dinástica estuvo presente en el pensamiento de algunos políticos como el joven Cánovas del Castillo. Nada más tentador que encontrar una salida monárquica a las dificultades iniciales del régimen isabelino¹⁶. Entre tanto, en el contexto del cuarenta y ocho y de las dos décadas siguientes, el progresismo español presentó un federalismo en plena sintonía con las formas del nacionalismo europeo. Los baluartes del proyecto federalista fueron los criterios de *descentralización* y de *representación*, y las justificaciones ideológicas, el respeto por la historia y por la condición natural de los pueblos. Las referencias al Iberismo tuvieron no obstante en Portugal cierto interés. En los años cincuenta, las páginas de *Revue Lusitaniennel* acogieron el discurso proiberista de escritores románticos como Casal Ribeiro. Por su parte, el portugués Sinibaldo de Mas publica *La Iberia*, aparecido primero en Lisboa, en 1851, y a continuación en España.

Pero por encima de las posturas ideológicas o políticas, la década de los años cincuenta aportó al proyecto iberista una dimensión tangible propiciada por la realización de obras materiales y por la aparición de problemas concretos. Mientras la política a gran escala se sumergía en el debate acerca de ambiciosos proyectos doctrinales, se mostraba obvia la importancia que para el futuro —independiente o no— de Portugal y España tenían los grandes proyectos de infraestructuras¹⁷ que, como aquel de navegación del Duero (regulada por sucesivos convenios y tratados a mediados del siglo), o el de la construcción del ferrocarril¹⁸ (Ley reguladora de 1855) tendrían la función de articular el transporte peninsular y con él el comercio y la industria. Se habló y debatió acerca de una

¹⁵ TORRE, Hipólito de la: *España y Portugal. Siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, 1998.

¹⁶ MENÉNDEZ PIDAL, Marcelino: *Historia de España*, vol. XXXIV, Madrid, Espasa Calpe, 1981.

¹⁷ La argumentación económica en favor de la construcción ibérica tuvo un peso importante en las discusiones públicas de los años cincuenta y sesenta, especialmente en aquellas regiones fronterizas con Portugal que se verían beneficiadas por la modernización de los proyectos de comunicación peninsular. La presencia del debate en la publicística de la época ha sido analizada por PERALTA GARCÍA, Beatriz: «Romanticismo y nacionalismo en España: el Iberismo en la prensa salmantina», en M. Esteban de Vega y A. Morales Moya, *Los fines de siglo en España y Portugal. II Encuentro de Historia Comparada*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 32-44.

¹⁸ GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarriles y cambio económico en España, 1855-1913*, Madrid, Alianza, 1982.

posible unión aduanera cuyo objeto debería ser la activación del comercio peninsular a partir de dos grandes puertos, Barcelona y Lisboa. Ello exigiría la construcción de nuevas líneas de comunicación y la reorganización administrativa de la Península. En un libro que tuvo un cierto impacto en la época, *La fusión ibérica* (1861), su autor, Pío Gullón, se refiere a los aspectos organizativos necesarios para sacar adelante un proyecto peninsular de cierto calado pragmático¹⁹.

El peso de los aspectos materiales y económicos²⁰ de la federación fue decisivo a la hora de calibrar la salud del *Iberismo* a mediados del siglo XIX. El desafío secular de la modernización está indisolublemente asociado al problema de las relaciones entre España y Europa y con ellas también al de la cuestión ibérica. Por encima de las consideraciones ideológicas —unionismo dinástico o federalismo— que animasen al Iberismo, desligar el proyecto de cualquier praxis obligaba a situarlo en la frágil posición de la utopía. La clave económica era fundamental para dar sentido al proyecto iberista de modernización y para pergeñar el vínculo peninsular con Europa. El liberalismo asumió que el futuro de España exigía un esfuerzo material colectivo sobre el que planeaba la cuestión esencial de la unidad peninsular. Pero la cuestión en sí misma perdía intensidad en tanto objetivo, si bien es cierto que la ganaba como estrategia de progreso. En este importante matiz radicaba la diferencia sustancial entre el proyecto liberal y el dinástico.

Durante los primeros años de la década de los años sesenta, la cuestión ibérica se resintió del crecimiento de una sólida corriente antiiberista en Portugal, que se manifestó en contra de cualquier proyecto de alianza dinástica. La referencia a la unión peninsular acaecida entre 1580 y 1640, al *sometimiento* que conllevó la anexión bajo el reinado de Felipe II²¹, fue argumentada para justificar el acendrado nacionalismo. Los escritos portugueses ponen el acento en la tiranía castellana de la que a su juicio emanaban todos los males²². La *Regeneração*²³ portuguesa (Pronunciamiento de Saldaña 1851), tras medio siglo de revueltas²⁴, había dado

¹⁹ MOLINA, César Antonio: *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*, Madrid, Akal, 1990, p. 116; recoge la referencia de un libro que al parecer suscitó cierta polémica en el momento de su edición: GULLÓN, Pío: *La fusión ibérica*, Madrid, Imprenta Gabriel Alhambra, 1861.

²⁰ SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (comp.): *La modernización económica de España, 1830-1930*, Madrid, Alianza, 1987. Más específicamente, nos interesa el trabajo de GÓMEZ MENDOZA, Antonio: «Transportes y crecimiento económico (1830-1930)», en N. Sánchez Albornoz (comp.), *La modernización económica... op. cit.*

²¹ VALLADARES, Rafael: *Portugal y la Monarquía Hispánica, 1580-1668*, Madrid, Arcos Libros, 2000.

²² VASCONCELLOS, J. A. C.: *Os portugueses e a Ibéria, refutação dos argumentos do partido ibérico com respeito a fusão das duas nações peninsulares, e exposição das desgraças e vexames que d'ella haviam de porvir a Portugal*, Elvas, Typ. Elvense, 1861; VIZCONDE TRANCOSO: *Apuntamentos para a História da dominação castelhana em Portugal*, Lisboa, Opúsculo anti-ibérico, 1870.

²³ SERRÃO, Joel: *Da «Regeneração» à República*, Lisboa, Livros Horizonte, 1990.

²⁴ NOVRE VARGUES, I.: «Insurreição e revoleas em Portugal (1801-1851). Subsídios para uma cronologia e bibliografia», *Revista de História das Idéias*, 7 (1985), pp. 505-572.

a Portugal una etapa de estabilidad no correspondida a este lado de la frontera. La calma política propició un sistema de compromiso por medio de un gobierno altamente representativo y la alternancia en el poder.

Para Portugal, el modelo iberista tuvo en este periodo una justificación meramente pragmática: la de contribuir a la mejora económica y social de las estructuras del país. No existe en la mentalidad portuguesa una motivación ideológica que sí está presente sin embargo en los sectores liberales o federalistas españoles. El interés por el proyecto de Unión Ibérica se había desviado hacia un repunte del sentimiento nacionalista que nacía de la fe popular en los cambios económicos y políticos que se estaban dando y que volcaba en Ultramar sus esperanzas de futuro. Una misma geografía proporcionaba el marco compartido a dos nacionalidades de raíz común aunque divergentes en su historia reciente. El nacionalismo portugués se había afianzado en torno a la construcción de un imperio africano auspiciado por Gran Bretaña, en cuyo origen descansaba la posibilidad de un desarrollo capitalista. En España en cambio, la idea imperial estaba en retirada. Ni siquiera Cuba era capaz de azuzar el nacionalismo español. Carente de un proyecto internacional renovado que concentrase las energías nacionalistas, la idea de una convergencia peninsular se manifestaba en España con más intensidad que en Portugal. Los problemas internos, si bien graves, se agigantaban no obstante en la percepción, haciéndose depender todas las cuestiones externas de la resolución de las crisis domésticas. De ahí que para fortalecimiento de España se hiciera uso de la idea de unidad peninsular.

Con la revolución de 1868 se renovaron los ecos del proyecto iberista. La historia, de amores y recelos, entre las dos naciones, devenía en coyuntura cuando de geografía y cultura se trataba. El argumento del designio natural común de la *balsa de piedra*, alcanzó su plenitud, en defensa de la Unión Ibérica, en el tiempo de la convulsión final del régimen isabelino²⁵. Pero si el espíritu de la revolución en España dio rienda suelta al cambio en la totalidad de sus dimensiones, también sucedió que en Portugal²⁶ provocó el renacimiento de un intenso recelo en el que afloraron todos los demonios de un pasado compartido en la sumisión. Lo que para los españoles pudo ser la coyuntura que permitiera la realización de un destino histórico común, para los portugueses solo fue la afirmación del arbitrio centralista castellano ante el que era preciso levantar la guardia y defenderse. En el mejor de los casos, todos se expresaron en ausencia de un plan de acción política que hiciera efectiva la Unión. La divagación en torno a un nuevo Estado

²⁵ Ver CABERO, Valentín y PERALTA, Beatriz: «La Unión Ibérica. Apuntes histórico-geográficos a mediados del siglo XIX», *Relaciones España-Portugal. Boletín de la AGE*, 25 (1998), pp. 17-38.

²⁶ Ver la lectura que hizo OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro: *Portugal Contemporâneo*, t. II. Lisboa, Livraria Bertrand, 1883.

integrador, en forma de una república federal o de una monarquía constitucional —piénsese en la candidatura de Don Fernando de Coburgo²⁷ entre 1868 y 1870—, puso de manifiesto —por encima de las ciertamente consolidadas maniobras de aproximación económica—, la debilidad política de la Unión Ibérica. La Asociación Hispano-Portuguesa de Salustiano Olózaga se encargó de ofrecer la Corona de España al ex rey de Portugal. Entre los oferentes surgen los nombres de Castelar, Pi y Margall, Núñez de Arce, Cánovas del Castillo y Juan Valera. Este último, gran lusitanista y embajador en Lisboa, había impulsado la creación de algunas publicaciones iberistas de suerte irregular, como la *Revista Peninsular* (Lisboa 1855-1856) y la *Revista Ibérica* (Madrid). Por su parte, el escritor portugués Antero de Quental, defensor del proyecto iberista durante buena parte de su vida, publicó *Portugal frente a la Revolución de España* (1868)²⁸, texto en el se hacía defensa de la unión de los pueblos ibéricos y de la creación de una república federal peninsular, una democracia ibérica que acogiese por fin a un Portugal apartado históricamente *de los demás pueblos españoles*.

Ciertamente, para Portugal la idea de una unión dinástica peninsular —encarnada en la figura de Don Fernando, padre del rey Luis I— podía constituir una garantía de prevención contra la revuelta y la subsiguiente república, un reforzamiento internacional sin precedentes que, con el preceptivo consentimiento de Francia, incrementaría el grado de autonomía frente a Gran Bretaña que, tomando la delantera a cualquier iniciativa hispano-portuguesa, se apresuró a activar su diplomacia peninsular con el fin de abortar la Unión Ibérica. Las presiones sobre Prim y sobre Don Fernando explicitaron el firme veto a la realización de la unidad. Las circunstancias de la historia española —el breve experimento monárquico de Prim en la figura de Amadeo I de Saboya seguido de la proclamación de la I República— y la crisis internacional —la guerra europea²⁹— quebraron el rumbo de un proyecto cuya naturaleza era antes que nada política. Con todo, se fueron estrechando los vínculos intelectuales y políticos entre Portugal y España: el pensamiento y la literatura portuguesa gozaban de gran predicamento entre los líderes españoles.

²⁷ Una interpretación clásica de la polémica en torno a la candidatura del ex regente Don Fernando puede verse en ALMEIDA, F. de: *Historia de Portugal*, Coimbra, 1957. El planteamiento general del debate historiográfico puede seguirse en RUBIO, Javier: «Las relaciones hispano-portuguesas en el último tercio del siglo XIX», en M. Esteban de Vega y A. Morales Moya, *Los fines de... op. cit.*, pp. 287-300. Rubio sostiene que no existen razones de peso para suponer que el Gobierno que depuso a Isabel II pensase seriamente en la candidatura de Don Fernando. También, VÁZQUEZ CUESTA, Pilar: «A pantasma do iberismo no Portugal do século XIX», en *Homenaxe ó profesor Constantino García*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1991.

²⁸ QUENTAL, Antero de: *Portugal perante a Revolução de Hespanha. Considerações sobre o futuro da política portuguesa no ponto de vista da democracia iberica*, Lisboa, Typographia portuguezam, 1868.

²⁹ RUBIO, Javier: *España y la Guerra de 1870*, Madrid, MAE, 1989.

La dimensión histórica del proyecto republicano federalista español³⁰ se vio agigantada por el estallido de la guerra franco-prusiana de 1870. Las unificaciones nacionales de Italia y Alemania amparaban la idea de que en la Península Ibérica era factible la unión. Si hasta la década de los años '70 monárquicos y liberales compartían la fe en el proyecto iberista, a partir de la monarquía de Amadeo de Saboya la idea se hizo exclusiva de los republicanos federalistas que reformularon el proyecto poniendo el énfasis en un concepto nuevo y genérico: la *Latinidad*³¹. Fue este un movimiento integrador de índole teórica que se conibió por oposición a otros movimientos europeos, el *pan-eslavismo* o el *celtismo* por ejemplo, y que se organizó en torno a argumentos civilizatorios de índole cultural, lingüística o histórica. Pero en la década de los años setenta, la Latinidad perdió su dimensión exclusivamente cultural y se transformó en una línea de actuación de la política exterior en la que depositaban sus esperanzas aquellos que aspiraban a sacar a los pueblos peninsulares de su letargo internacional. Al pensar la Latinidad se perfilaba un ambicioso proyecto que, durante el último tramo del siglo, aspirara a competir con los imperialismos clásicos —el británico y el francés— y con otros incipientes, como el alemán. Los referentes inmediatos se multiplicaban. Así, los Estados Unidos de América, surgidos de los rescoldos de una guerra civil, auguraban que el sacrificio de la unión se vería compensado por un futuro prometedor. Un autor español de la época, Fernando Garrido, escribirá acerca de *Los Estados Unidos de Iberia*. A la luz de un contexto internacional hostil a las naciones periféricas, el principio de Latinidad adquirió fuerza suficiente como para abrazar al Iberismo. La idea sostenía que era posible albergar a todas las naciones de la llamada civilización greco-latina³².

Por lo que a España se refiere, las argumentaciones de naturaleza económica en pro de una federación fueron, en comparación con la dimensión política, que no pasó del plano teórico, de mayor peso. El republicanismo español hizo del Iberismo —la Federación Ibérica— una seña de identidad imprescindible. No obstante, los matices al respecto no dejan de tener su interés. Si bien no cabe duda acerca del talante idealista del federalismo peninsular³³, lo cierto es que la

³⁰ SECO SERRANO, Carlos: «De la democracia republicana a la Guerra Civil», en *Historia General de España y de América*, Madrid, Rialp, 1986.

³¹ RIVAS, P.: «Utopie ibérique et idéologie d'un Fédéralisme Social Pan-Latin», en *Utopie et Socialisme au Portugal au XIX siècle. Actes du Colloque*, Paris, Fondation Calouste Gulbenkian, Centre Culturel Portugais, 1982.

³² GROMIER, M. A.: *Fédération Ibérique des Peuples greco-latins*, 1892.

³³ GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: «El aislamiento internacional de la República en 1873», *Hispania*, 154 (1983), recoge la importancia que Castelar, primer ministro de Estado de la República (1873), confiere a que la opinión pública portuguesa y británica dejen de recelar de las intenciones pacifistas del Gobierno español con respecto a Portugal. Este pacifismo fue también subrayado en el trabajo de JOVER, José M.ª: *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, p. 304.

hostilidad de las principales potencias europeas hacia la Unión Ibérica es razonable solo por la firme vocación política de España con respecto a Portugal, lo cual no hace tampoco verosímil ningún tipo de intención imperialista en el contexto republicano español. La inestabilidad de los sucesivos gobiernos fue mala compañera del proyecto iberista y posiblemente la causa principal del incremento en el recelo portugués. Tampoco cabe duda de que la inestabilidad fue argumento de peso en las cancillerías de las grandes potencias en Lisboa y Madrid.

A partir de los años setenta y especialmente en la década siguiente, a la sombra de los éxitos la Alemania bismarckiana, renacieron los proyectos que desarrollaban la vertiente económica del federalismo. Como muchas otras naciones, España no quedó al margen de las influencias germánicas³⁴. Si el centralismo administrativo contemporáneo fue obra del moderantismo isabelino, la desaparición de este de la escena histórica dio paso al regionalismo y al fortalecimiento de las tesis federales. Se desempolvó así el proyecto de unión aduanera intrapeninsular, pese a que tras dos décadas de frustrados acercamientos en materia comercial, el panorama se presentaba desolador. Que la frontera era algo más que un muro administrativo se constataba, a juicio de los observadores³⁵ en la distancia abismal con respecto a las infraestructuras, las normativas legales y los usos que regían el comercio entre ambos países. A mediados de la década de los años cincuenta, la Sociedad Económica Matritense proponía un plan de Unión Aduanera y encargaba a una Comisión el estudio de la resolución de dicho plan. Se imponía la normalización por medio de la supresión de restricciones fiscales para el fomento de la libertad de comercio. Este tipo de iniciativas causaba una mayor susceptibilidad en la opinión pública portuguesa que en la española, habida cuenta de que podían ser interpretadas como una forma de injerencia intolerable cuyo peligro radicaba en la facilidad con que podían dar paso a una unificación política. Al igual que siempre, los ingredientes esenciales en las relaciones intrapeninsulares eran la conformación de las imágenes mutuas y el peso de las mentalidades de unas sociedades cada vez más complejas.

Dos balsas a la deriva

En la década de los años ochenta, la hegemonía atlántica comenzó a hacerse más patente si cabe que en las décadas precedentes. El desarrollo material de las regiones que flanqueaban el Atlántico, su potencia militar y sus capacidades comerciales se extendían a escala planetaria. Marginadas y sometidas a los efectos

³⁴ SALOM COSTA, Joaquín: *España en la Europa de Bismarck*, Madrid, CSIC, 1967, realiza un análisis de la política exterior de la Restauración en el marco del sistema de Estados europeos bajo la preponderancia Alemana.

³⁵ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Mi misión en Portugal*, París, E. Belhatte y Lisboa, Bertrand S.D. Texto del Despacho Diplomático enviado por el Embajador de España a Madrid, 1869.

de su debilidad material³⁶, las naciones ibéricas se sometieron más que nunca a los dictados de Francia y Gran Bretaña, de quienes pasaron a depender en lo político, en lo económico y en lo cultural. Con toda su grandeza, resultaba obvia la decadencia comparativa de la Francia de la III República con respecto a Gran Bretaña. Dada la influencia gala en España, asuntos cómo la derrota en Sedán (1870) a manos prusianas y la crisis subsiguiente alentaron un pesimismo cultural que trascendió a los Pirineos. Era lógico que España y Portugal participaran del señalado *pesimismo latino*. El sentimiento de fracaso, la conciencia de crisis de la raza latina, embargó el pensamiento y la escritura de autores como Antero de Quental quien en 1871, al preguntarse acerca de las causas de la prolongada e imparable decadencia de los pueblos peninsulares en los ámbitos de la política, en las actividades económicas, las ciencias y hasta en las costumbres, llamó la atención sobre la deficiente moral de los pueblos que había inspirado el pensamiento conservador de Trento³⁷.

Pero no todo iba a ser culpa del otro. La crisis colonial que sufren España y Portugal desde el primer cuarto del siglo XIX impuso a la monarquía en ambos Estados una situación de zozobra y debilidad que decantó en la sabida crisis finisecular³⁸. Así pues, en la década de los años ochenta, con anterioridad a los problemas postcoloniales que atenazaron a Portugal (1890) y a España (1898), la desconfianza y la desazón fueron las notas de la expresión intelectual común³⁹. La *Generación del '70* en Portugal —Antero de Quental, Eça de Queiroz, Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigao— era el grupo desencantado ante la posibilidad de un cambio para Portugal: a su modo, cada cual defendía la refundación social de una *Patria Nova*. Fue la generación de *Os vencidos da vida*. Transmitieron a sus propias existencias el desaliento que les rodeaba. Razones de diversa índole poblaban el universo de desencanto sentido en la obra de estos autores⁴⁰. En ningún caso se vislumbraba salida para una raza *latina* que está en desarmonía con las formas de pujanza de otras razas⁴¹. La generación de *Os ven-*

³⁶ PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: *De imperio y nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza, 1988.

³⁷ QUENTAL, Antero de: «A Causas da decadência dos povos peninsulares nos últimos três séculos», Conferencia integrada en el ciclo de *Conferencias del Casino Lisbonense de Porto*, en J. Serrao: *Prosas socio-políticas*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1982; citada en URRUTIA, Jorge: «La conciencia de ser ibérico», *Leer*, 125 (septiembre 2001), pp. 18-21.

³⁸ TORRE, Hipólito de la y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Portugal y España en la crisis intersecular, 1890-1918*, Madrid, UNED, 2000.

³⁹ FUSI, Juan Pablo y NIÑO, Antonio: *Antes del Desastre: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996.

⁴⁰ LANGA, Alicia: «La transición del siglo XIX al XX en la obra de Eça de Queiroz», en *Homenaje a los profesores Jover y Palacio*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990.

⁴¹ OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro: *Portugal Contemporâneo*, Guimaraes, Lisboa, 1976 (8ª ed.).

cidos da vida creía que la modernización de Portugal exigía la reforma en profundidad de los aspectos políticos y morales de la nación. Pero su limitada capacidad de acción fue lo que terminó por conducir a estos autores a la desesperación personal, al suicidio a algunos de ellos. En el pensamiento de Oliveira Martins — véase su *Historia de la Civilização Ibérica* (1879)⁴², dedicada a su amigo el escritor y diplomático español Juan Valera con quien mantuvo extensa correspondencia⁴³ — España es la denominación de conjunto que reciben los pueblos peninsulares; y la unidad, una constante que, si bien espinosa en su efectividad política, recalca en el pensamiento común. A medio camino entre el republicanismo, el utopismo y el radicalismo, la Generación del 70 adoptó como tema de reflexión el del porvenir de los pueblos ibéricos en el mundo, en el contexto ciertamente de las sabidas dificultades de adaptación a la época. Pero el argumento de Nación, fundamentado en orígenes históricos que se remontan al inicio de los tiempos, resulta pobre cuando de lo que se trata es de dar salida a un estado de frustración tan marcado. La realización de las *Conferencias Democráticas del Casino Lisbonense* a partir de 1871 fue un hito de las elites culturales portuguesas en su empeño de europeización. La práctica de la crítica interna ganó en el intento.

En la percepción peninsular, ambas naciones observan el penoso destino. Los argumentos de la literatura de Clarín (*La Regenta*, 1885), Galdós (*Miau*, 1888) o Eça de Queiroz (*Os Maias*, 1888) expresan la desesperanza anticipada de los 90 y 98. En Oliveira Martins está presente, como hemos dicho, el alegato al vínculo de los pueblos peninsulares. Algunos años más tarde (1892), inmersa Portugal en su crisis colonial, Oliveira se referirá a su visión del particular destino común peninsular:

«Cuando se observa, señores, el contorno de la Península hispana delineando un cuadrado casi perfecto, y en ese cuadrado la zona portuguesa que bordea, aunque incompletamente, la faz occidental, desde luego se comprende cómo los pueblos de la España, separados en varios reinos, que al fin vinieron a fijarse en dos, representan en el mundo uno solo e igual pensamiento, una sola soberanía de acción»⁴⁴.

El final del siglo XIX añadió, al hilo de las pérdidas comunes, una conciencia de frustración compartida, acompañada de un decaimiento nacional que, no obstante a ser común, se muestra de forma específico en cada país. En 1890, la retirada portuguesa de los territorios al sur del río Zambeze y en 1898 el Desastre —

⁴² OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro: *Historia de la Civilización Ibérica*, Málaga, Algazara, 1993 [1ª ed. español 1894].

⁴³ GARCÍA MARTÍN, A. M.^a y SERRA, P.: *Oliveira Martins visto por Intelectuais Espanhóis. Nos epistolários de Juan Valera e Marcelino Menéndez y Pelayo*, Congreso Internacional Oliveira Martins, 28-30 de abril, 1995, Universidad de Coimbra.

⁴⁴ Citado en *Ibidem*.

con mayúsculas— español, propiciaron dos procesos regeneradores de dimensión y efecto desigual. Llama la atención el descompás en que se movieron las dos historias peninsulares. Si bien en ambos Estados regía la institución monárquica, la Restauración española proporcionaba al país una estabilidad interna de la que carecía Portugal. Aquí la Monarquía se había debilitado a causa de la crisis colonial de África. Recuérdese que el proyecto británico de consolidar un eje de poder en el territorio que discurriese entre El Cairo y Ciudad del Cabo colisionó con la idea portuguesa de unir Angola y Mozambique. El Ultimátum británico al Gobierno portugués en enero de 1890⁴⁵ se interpretó como una humillación que se tradujo en una fuerte anglofobia y en el pleno descrédito de la Monarquía. Este sentimiento quedaría reafirmado en una segunda crisis (1898), tras la firma de la Convención anglogermánica que preveía un posible reparto de los territorios coloniales portugueses entre Gran Bretaña y Alemania. No obstante los similares efectos sobre las sociedades peninsulares, el contencioso que el Ultimátum de 1890 abrió entre Inglaterra y Portugal⁴⁶ tuvo para la historia portuguesa menor peso que el Desastre para España. Y ello porque Gran Bretaña y su aliada venían beneficiándose del mutuo acuerdo. Bien es cierto que la discrepancia abierta por las aspiraciones coloniales británicas en África a raíz de la Conferencia de Berlín enfriaba las relaciones que sin embargo el sentido práctico aconsejaba a los portugueses mantener. La diplomacia anglo-lusa activó el Tratado de 1891, mediante el cual, a cambio de mantener derechos estratégicos y económicos en la región, Gran Bretaña apoyaba el inicio de una nueva etapa de la presencia portuguesa en África⁴⁷.

El caso de la modernización de las naciones peninsulares en el último tramo del siglo XX ha fomentado el excepcionalismo con que se venía evaluando su devenir en razón de la crisis finisecular. No es nueva la imagen de una España atrasada y singular en el contexto europeo. Esta visión aparece en Feijoo y en Jovellanos, más tarde en la literatura romántica de Larra, por no olvidar los tópicos que sobre España escriben autores extranjeros del rango de Voltaire, Merimée o Irving. Nada parece indicar sin embargo que el retraso de España haya tenido una naturaleza distinta al del resto de las naciones europeas de la época⁴⁸. La

⁴⁵ VÁZQUEZ, Pilar: «Un noventa y ocho portugués, el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España», en *El siglo XIX en España, Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 558-559.

⁴⁶ TEIXEIRA, Nuno Severiano: *O Ultimátum inglês. Política externa e política interna no Portugal en 1890*, Lisboa, Alfa, 1990.

⁴⁷ TELO, Antonio José: «Modelos e fases do imperio português, 1890-1961», en *Portugal, España y África en los últimos cien años, IV Jornadas de Estudios Luso-Españoles*, Madrid, UNED, 1992, pp. 65-92.

⁴⁸ ÁLVAREZ JUNCO, José: «Por una España menos traumática», *Claves de Razón Práctica*, 80 (marzo 1998), pp. 47-53; FUSI, Juan Pablo: «España: el fin de siglo», *Claves de Razón Práctica*, 87 (noviembre 1990), pp. 2-9; Más recientemente, ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

interpretación historiográfica a partir de la normalización peninsular en las últimas décadas del siglo XX⁴⁹ así lo indica. De ella se deduce que los problemas de los portugueses y de los españoles han sido semejantes a los que han tenido las demás naciones de una Europa plural. Portugal y España habrían sido naciones periféricas (*border nations*) que, al igual que Gran Bretaña, habrían formado parte de la historia europea con la creación de un imperio, el americano, que fue en realidad la expresión más certera del carácter extrovertido de los europeos. El progresivo acercamiento a Europa⁵⁰ en el inicio del siglo XX fue, no tanto obra de la exclusión o negación americana, como de la incorporación al moderno sistema de cooperación que la inestabilidad generalizada exigía. Al cerrarse el ciclo ultramarino las coordenadas internacionales de España se localizaron en Europa y el Mediterráneo y su atención, en el flanco meridional de la Península. África se presenta como el instrumento que sirve a la conexión continental.

En 1891 en Portugal, tras un año turbulento de manifestaciones populares contra la Monarquía y contra los británicos, los republicanos intentaron tomar el poder por medio de un golpe de fuerza en Oporto. El iberismo monárquico encontró en esta coyuntura histórica —el distanciamiento portugués de Gran Bretaña y los comunes intereses con España por mantener en orden la Península Ibérica— una nueva oportunidad para tender lazos. La corte portuguesa intentó atraerse el apoyo de la monarquía española⁵¹. Pero fue la necesidad imperiosa suscitada en un momento de debilidad y no una voluntad libremente expresada la que apeló al vínculo ibérico, de modo que cualquier expectativa fue nula desde un principio. No costaba mucho ver que en el ánimo de los monárquicos portugueses primaba el enfriamiento de su tradicional iberismo a fin de marcar las diferencias con los republicanos que, desde la oposición, tampoco se volcó en el reto de la Unión Ibérica. Los republicanos, tras la fallida experiencia española, habían perdido el interés por revitalizar al federalismo peninsular⁵².

La derrota de España frente a los Estados Unidos fue obra de un enfrentamiento asimétrico. Norteamérica se afirmaba como potencia económica mientras España luchaba por conservar los últimos jirones de su mítico imperio ultrama-

⁴⁹ LAMO DE ESPINOSA, Emilio: «La normalización de España. España, Europa y la modernidad», *Claves de Razón Práctica*, 111 (abril 2001), p. 4.

⁵⁰ QUINTANA, Francisco: «España en la política europea contemporánea: ¿secular aislamiento o acomodo circunstancial?», en Associação Portuguesa de História das Relações Internacionais, Comisión Española de las Relaciones Internacionales (eds.), *I Encuentro de Historia de las Relaciones Internacionales*, Zamora, Fundación Rei Alfonso Henriques, 1998.

⁵¹ SALOM COSTA, Julio: «La relación hispano portuguesa al término de la época iberista», *Hispania*, 98 (1965), pp. 219-259.

⁵² ROBLES, Cristóbal: «Resonancias españolas de la crisis portuguesa finisecular. Los progresos del republicanismo iberista, según un memorándum de Segismundo Moret», en L. Álvarez y otros, *Las relaciones internacionales en la España contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 1989, p. 339.

rino⁵³. La derrota naval⁵⁴ tuvo importancia porque fue una derrota integral, dentro de un ajuste hegemónico a escala mundial⁵⁵. Las crisis coloniales situaron a España y a Portugal en un lugar oscuro dentro del concierto mundial, evocación del Concierto Europeo de 1815. Ahora, a finales de siglo, las naciones peninsulares pasaron a engrosar el anónimo grupo de las naciones moribundas, de *dying nations*. Las pequeñas potencias de principios del siglo XX eran vulnerables defensivamente hablando, dependientes en lo económico y supeditadas a los intereses de las *grandes* en lo político. Sin apoyo exterior, carecían de los medios para subsistir en tanto Estados.

La Restauración —aún careciendo de alternativa política— perdió con el Desastre su legitimidad en tanto expresión del Estado Liberal⁵⁶. A pesar de lo cual la quiebra de 1898 puso en evidencia que a lo largo de las décadas precedentes el país había conseguido el ansiado estatuto de Estado-nación. De no haber existido tal conformación nacional difícilmente podría haberse entendido el efecto devastador de la pérdida colonial sobre el conjunto de la nación. Durante las dos décadas previas al 98 el funcionamiento estable y ordenado de las instituciones indicaban que las algaradas militares, tan habituales en la vida política, bien podían considerarse parte definitiva del pasado⁵⁷. Ahora las *lágrimas vertidas por la Patria* derrotada brotaban en todos los grupos políticos y sectores de la sociedad. Quizá se indicase que, incluso sin el Desastre, la oligarquía, los liberales y los conservadores, las clases con capacidad de dinamizar a la nación, expresaban su voluntad de adherirse al anhelo nacionalista que recorría Europa⁵⁸. Al mismo tiempo, la tensión social y el pesimismo generalizados ponían en evidencia que la comunidad política en la que se había constituido la España finisecular era muy endeble. El poder seguía residiendo en la oligarquía tradicional, circunstancia que limitaba la representación social. En 1890 se introdujo en España el sufragio universal —masculino—, en tanto que en Portugal el censo electoral se

⁵³ RUBIO, Javier: *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII. Los orígenes del «desastre» de 1898*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.

⁵⁴ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *El desastre naval de 1898*, Madrid, Arco Libros, 1997.

⁵⁵ La bibliografía al respecto es ya muy extensa. Imprescindibles dos clásicos, PABÓN, Jesús: *El 98, acontecimiento internacional*, Madrid, Escuela Diplomática, 1952; y JOVER, José M.ª: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, FUE, 1979; ESPADAS BURGOS, Manuel: *La política exterior española en la crisis de la Restauración*, 1981; BALFOUR, Sebastian: *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997; BALFOUR, Sebastian y PRESTON, Paul: *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.

⁵⁶ ELORZA, Antonio: «Estudio preliminar», en VVAA.: *Pensamiento político en la España contemporánea (1800-1950)*, Barcelona, Teide, 1992, pp. XXXIV-XXXV.

⁵⁷ SECO SERRANO, Carlos: *Militarismo y civilismo en la España Contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

⁵⁸ BERAMENDI, Justo, MAIZ, Ramón y NÚÑEZ, Xoxe M.ª (eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1994.

había ampliado entre 1878 y 1884, sin que con ello desapareciesen las prácticas electorales pactadas por los partidos políticos.

El nacionalismo de las clases populares era débil, populista. En el último cuarto del siglo XIX, las bases del nacionalismo popular se habían ampliado como fruto del incipiente desarrollo económico⁵⁹. La burguesía liberal, triunfante en el tercer cuarto del siglo, se había conservadurizado, asumiendo el control del Estado, mientras que las clases medias en ascenso y los trabajadores industriales asumían una conciencia cívica y una percepción nítida de los mecanismos de su exclusión en las estructuras políticas. La presión democratizadora corrió al encuentro de los afanes nacionalizadores y modernizadores del Estado liberal, produciéndose el choque de las dos tendencias. La crisis internacional del modelo librecambista, tras lustros de próspera expansión económica, propició por añadidura la exigencia generalizada a los gobiernos de fórmulas eficaces que protegieran a la industria, a los recursos nacionales y con ellos a los asalariados y empresarios que se ocupaban de modernizar la estructura productiva de España. Sin embargo, las diversas capas sociales del país, cuya presencia se dejaba ya sentir en la escena pública, carecían de la educación política. Los esfuerzos no bastaban para atizar la economía, la sociedad dormía con el ojo abierto a causa de su incierta vertebración y las instituciones políticas tenían un grado de fragilidad alarmante. Siendo así que la población era más proclive a manifestaciones de *patrioterismo* que a las de un auténtico *patriotismo* de base nacionalista, el influjo del imperialismo que recorría Europa se dejó también sentir en la opinión española que, tras hacerse eco de la crisis finisecular⁶⁰, comenzaba a tomar tibia conciencia de los posibles intereses coloniales en el Mediterráneo.

La crisis ideológica que se desató en España puso sobre la cuerda floja a los elementos de identidad nacional. ¿Eran aún la monarquía, el imperio y la religión, instrumentos *vertebradores* de la nación construida por el liberalismo isabelino? Desde todos los rincones se oía la demanda compartida de que España se ocupase de sus propios asuntos, e ignorase en lo posible el mundo exterior. Se difundió el convencimiento de que la grandeza del país habría de obtenerse de la españolización. La tarea de escribir la Historia de España que iniciaron los historiadores —véase Don Marcelino Menéndez Pelayo— tuvo el nada desdeñable objeto de servir a los fines de la rehabilitación nacional. Si Miguel de Unamuno se refiere a la raza hispánica, Altamira por su parte señalará la necesidad de entender definitivamente el espíritu español. Mientras Ganivet atiende al perfil de una

⁵⁹ VARELA, Javier: «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 12 (1994), pp. 40 y ss.

⁶⁰ ALMUNIA, C. y TENGARRINHA, J.: «Las crisis ibéricas finiseculares y su reflejo en las respectivas opiniones públicas», en A. Morales Moya (coord.), *Los 98 Ibéricos y el mar*, Madrid, Sociedad Estatal Expo '98, 1998, t. V, pp. 263-269.

comunidad de ideales hispánica, Sánchez de Toca se preocupa del desarrollo económico y de la recuperación del poder marítimo. Por su parte, la historiografía construye una Historia General de España justificativa del Estado nacional contemporáneo. Cada rasgo de *lo español* hallará en la historia peninsular su porqué. Como en tantos países de Europa había sucedido con sus historias nacionales.

La Historia de España, género cada vez más al gusto de los lectores de la época, iba a servir al afianzamiento de la nación⁶¹:

«Estas Historias generales tendrán un decisivo influjo en la formación de una conciencia nacional española, es decir, en el proceso nacionalizador de nuestro país. Por ello, los temas considerados más relevantes de la historia nacional fueron objeto de un sinnúmero de reproducciones, más o menos artísticas, que divulgaron su conocimiento por todas partes. Especialmente, la «pintura de historia», promovida por el Estado como aspecto importante de su política cultural, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, dotará de gran fuerza visual, y por tanto «propagandística», a los personajes y momentos decisivos de nuestra historia nacional (...) la reproducción, utilización parcial e incluso la manipulación kitsch de estos cuadros de historia en libros escolares y cuentos para niños, cromos, estampas, sellos, billetes, almanaques, tebeos, cerámicas, tapices, abanicos, muebles, etc., explican, en buena medida, el profundo arraigo en la memoria popular de versiones de algunos episodios de la historia de España»⁶².

También Portugal acusa el golpe que suponía la pervivencia de una estructura de poder burocrática y caciquil en fricción con las aspiraciones emergentes de cambio y modernización. Pero, a diferencia de España, que opta por un decidido recogimiento o encogimiento internacional⁶³, Portugal adoptó una actitud más abierta, volcándose hacia su tradición ultramarina e impulsando el comercio exterior⁶⁴. En el trato peninsular, desde su aislamiento, España optó por mirar

⁶¹ Entre las *Historias generales* de la época sobresalen las de Eugenio Tapia (1840), Fermín Gonzalo Morón (1840-1843), Juan Cortada (1841-1842), Antonio Cavanilles (1865), Dionisio Aldama y Manuel García González (1863-1868), Antonio del Villar (1867), Rafael del Castillo (1871 -1872) y Eduardo Zamora y Caballero (1873-1875). Ver el tremendo impacto que en la educación del sentimiento nacional español tuvo la obra de LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*, Barcelona, Montaner y Simón, 1806-1866.

⁶² MORALES MOYA, Antonio: *La construcción del Estado Nación*, en cap. 5 «Liberalismo y Romanticismo en los Tiempos de Isabel II», Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004; ESTEBAN DE VEGA, Mariano, «Historias generales de España y conciencia nacional», *Revista de Historia das Ideias. História. Memória. Nação*, 18 (1996), p. 57; PÉREZ ROJAS, Javier y ALCALDE, José Luis: «Apropiaciones y recreaciones de la pintura de Historia», en VVAA., *La pintura de historia del siglo XIX en España*, Madrid, 1992, pp. 103-118.

⁶³ BECKER, Jerónimo: *Causas de la esterilidad de la acción exterior de España*, conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1924.

⁶⁴ LAINS, Pedro: *A economia portuguesa no século XIX. Crescimento económico e comércio externo, 1851-1913*, Lisboa, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, 1995.

hacia un Portugal que, por su parte y aunque no bajara la guardia definitivamente, suavizó las formas del histórico recelo⁶⁵. Fue precisamente en torno a los dos Desastres cuando se trabaja en la construcción de un proyecto iberista de signo cultural fundamentado en el consenso.

La democracia y la federación se convierten en los argumentos recurrentes para dar respuesta a la crisis común peninsular. Frente al antieuropeísmo, propio de la tendencia nacionalista e iberizante de tiempos anteriores, Europa se comporta como el referente para los proyectos de progreso, y la europeización, en sus diferentes posibilidades, pasa a ser el reto común peninsular. Un joven Maeztu, tras una estancia prolongada en el pujante Bilbao de fines de siglo (1894-1897) escribe *Hacia otra España* (1898) y señala que se puede y se debe hacer de España un pueblo nuevo, que habrá de ser construido sobre la base de que la riqueza y el progreso material están en el origen del éxito de cualquier nación. Pero la fe de Maeztu en el modelo europeo, preferentemente anglosajón, queda despejada tras una estancia de quince años en Gran Bretaña⁶⁶, que le lleva a valorar el peso de la tradición en el progreso de las naciones de Europa⁶⁷. Sin embargo, para Ángel Ganivet el problema de la unidad ibérica era en sí misma una cuestión ajena a Europa, estrictamente peninsular, cuyo perfil histórico estaría obligado a respetar la particularidad de cada hecho nacional. En el *Idearium*⁶⁸ la unidad ibérica es de naturaleza intelectual y sentimental, lo cual hace inconveniente la disolución de las naciones en favor de una confederación peninsular.

Al vincular el 98 nacionalismo y regeneracionismo⁶⁹, la literatura del Desastre se convirtió en un instrumento principal de autoflagelo de la sociedad⁷⁰. Desde ella, y a modo de catarsis, se gritaban los males endémicos de la configuración de

⁶⁵ MORALES MOYA, Antonio (coord.): *Los 98 Ibéricos y el mar. Vol I: La Península Ibérica en sus relaciones internacionales*, Madrid, Sociedad Estatal Expo '98, 1998.

⁶⁶ MARRERO, Vicente: *Maeztu*, Madrid, Rialp, 1955.

⁶⁷ HUGUET, Montserrat: «El pensamiento regeneracionista de Ramiro de Maeztu», *Boletín de la institución Libre de Enseñanza*, 4 (marzo 1988), pp. 52-60. El texto regeneracionista de Maeztu, *Hacia otra España* (1898), fue repudiado por su propio autor años más tarde. En «El poder de la mentira y la generación del '98», *Diario de Navarra*, (25-V-1935); Maeztu se inculpaba a sí mismo de haber caído en las trampas del regeneracionismo: «No niego yo haber dicho y escrito muchas cosas injustas e indocumentadas en 1898 y años sucesivos. No me parece legítimo reprochar a un hombre maduro las afirmaciones hechas a la ligera cuando su espíritu no estaba aún formado». El libro fue recuperado en una edición de 1969, en un esfuerzo de Vicente Marrero por reconstruir la identidad ideológica juvenil de un autor esencialmente conocido por su contribución al concepto de la Hispanidad (*Defensa de la Hispanidad*, 1934).

⁶⁸ GANIVET, Ángel: *Idearium español...* *op. cit.*

⁶⁹ MORALES MOYA, Antonio: «Desastre del '98 y formas del nacionalismo español», en M. Esteban de Vega y A. Morales Moya, *Los fines de... op. cit.*, p. 104.

⁷⁰ CALVO CARILLA, José Luis: *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998. Los intelectuales se esforzaron en dibujar el espíritu y los símbolos de la patria. Ver así mismo, *Biblioteca regeneracionista*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989-1992,

España: su desidia ante los retos, el penoso quehacer diario en medio de una geografía hostil, la manifiesta inferioridad de España entre los pueblos que lideraban el mundo. Pero el carácter conflictivo del proceso modernizador era un mal compartido en ambas sociedades peninsulares. Desde el abandono de cualquier esperanza, se mira el pasado con añoranza. El regeneracionismo en torno al Desastre construyó una reflexión no muy diferente a la portuguesa. Pensar España era verla de una manera primigenia, sin las trabas *otra cosa no es posible*. En la cultura regeneracionista, el pasado perdía la fuerza determinista de la desolación. Para el regeneracionismo, la nación no era un experimento teórico sino un conjunto de realidades palpables en el cuerpo social. Las particularidades que conforman España, su lengua, su cultura... su civilización, se extraen del pasado, invirtiendo la tradicional interpretación según la cual la pérdida del Imperio es la razón de la *decadencia* española. La literatura y la historia que serán el bastión estético de un movimiento cultural⁷¹ autorreflexivo singular en la historia de España⁷².

La mentalidad regeneracionista hace creíble una España respetuosa con su pasado y a la vez cohesionada internamente, dinámica, e integradora tanto de las fuerzas socioeconómicas emergentes como de las peculiaridades periféricas. La cuestión de la fragilidad del nacionalismo español introdujo a las generaciones del '98 y del '14 en el debate acerca del casticismo y la europeización. Mientras Unamuno⁷³ escribe que la europeización de España consiste en absorber de Europa aquello que conviene al espíritu español, Ortega y Gasset⁷⁴ subraya la necesidad de europeizar primero para acceder luego a la regeneración. El Iberismo ocupa un lugar visible en el proyecto de las ambiciones de mejora que la España finisecular propone: una España múltiple y plural, castellana y periférica, interior pero con voluntad de hacerse externa⁷⁵. La inserción de España en el sistema internacional habría de llevarse adelante por medio de la conexión *afromediterránea*, en la convergencia de las políticas exterior e interior del país⁷⁶.

en la que se incluyen entre otros los textos de FITÉ, Vital: *Las desdichas de la patria*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1899; JIMÉNEZ VALDIVIESO, Tomás: *El atraso de España*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1909; PICAVEA, Ramón: *El problema nacional*, Madrid, 1918.

⁷¹ MORALES MOYA, Antonio: *Los 98 Ibéricos y el mar. Vol. II: La cultura en la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Estatal Expo '98, 1998.

⁷² JOVER, José M.ª: «Restauración y conciencia histórica», en *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997.

⁷³ UNAMUNO, Miguel de: «Sobre la europeización», en *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1958.

⁷⁴ ORTEGA Y GASSET, José: «Nueva revista», en *Obras Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1961-1963, t. I, p. 291.

⁷⁵ LABRA, Ramón M.ª: *La personalidad internacional de España*, 1915, discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

⁷⁶ TORRE, Hipólito de la: «El destino de la Regeneración internacional de España (1898-1918)», *Proserpina*, 1 (diciembre 1984), pp. 9-21; NIÑO, Antonio: «Política de alianzas y compromisos coloniales para la Regeneración internacional de España, 1898-1914», en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo, *La política*

Desde este nuevo observatorio el interés no es España ni Portugal sino La Península Ibérica⁷⁷. El horizonte del hispanismo regeneracionista es la Hispanoamérica irremediadamente perdida. Pero el anhelo de un acercamiento constructivo a Ibero América ciega la imagen real de un Atlántico que se ensancha por momentos y cuyas orillas se alejan, dejando los recelos. Sin embargo, todos los sectores políticos y de opinión comparten la creencia de que existe un así llamado carácter hispánico que se nutre de tradición e historia, de experiencias y lenguaje compartido. La configuración de este carácter es la denominada *raza hispánica*, cuyo rasgo diferenciador con respecto a la entonces pujante raza anglosajona es el *antimaterialismo* con que trata los asuntos de la historia. El carácter hispano es grave y sobrio, a juicio de autores como Unamuno. El predominio de una estructura social y política corporativa, el misticismo o el individualismo en la acción constituyen algunos de sus atributos preferentes, raza ibérica por extensión. También Menéndez Pelayo da por sentado lo indisoluble de las dos culturas peninsulares, aunque advierta una profunda quiebra instalada en la historia común, insalvable exclusivamente por el muy noble instrumento de la cultura.

La cultura y la educación fueron efectivamente ámbitos en los que se demostró la importancia del mutuo interés en la conformación de las mentalidades, al mismo tiempo que la inconstancia histórica de los acercamientos. No había cauces institucionales que lo fomentaran. Era compartido el retraso en la educación y la ausencia de interés de los gobiernos por reconfigurar las mentalidades populares con respecto al tópico del *otro*. Mientras que las elites de la cultura establecían vías para el encuentro y el conocimiento mutuo, las ciudadanía se ignoraban. El desconocimiento de la historia, y la deformación de los procesos históricos compartidos tuvo un efecto pernicioso a la hora de establecer contactos entre los segmentos populares de la población. En paralelo al portugués, el analfabetismo español era uno de los principales lastres para la modernización del país⁷⁸, lo cual no obsta para que observemos los intentos de modernización que en materia educativa se llevaron a cabo en España y Portugal⁷⁹, iniciativas entre en los grupos sociales más desfavorecidos para la introducción de métodos de enseñanza propios de otras culturas europeas.

exterior de España en el siglo XX, Madrid, Biblioteca Nueva/UNED, 2000, pp. 31-96; NEILA, José Luis: *Regeneracionismo y política exterior en el reinado de Alfonso XIII (1902-1931)*, Madrid, Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, 2003.

⁷⁷ LOURENÇO, Eduardo: *Nos e a Europa, ou as Duas Razoes*, Lisboa, Imprensa Nacional, Casa da Moeda, Lisboa, 1988, recientemente en español: *Europa y Nosotros*, Madrid, Huerga y Fierro, 2001, retoma la idea de una Iberia, inserta en Europa, que ha de avanzar en igualdad y justicia.

⁷⁸ ESCOLANO, Agustín (dir.): *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Pirámide, 1992.

⁷⁹ ESCOLANO, Agustín y FERNANDES, Rogério (eds.): *Los caminos hacia la modernidad educativa en España y Portugal (1800-1975)*, Zamora, Fundación Alfonso Rei Henriques, 1997.

Lo más interesante, por lo que al Iberismo se refiere, es comprobar que el común interés en los sectores reformistas de Portugal y España promovió un conjunto de encuentros culturales e iniciativas educativas⁸⁰. El republicanismo español y el portugués encontraron un nexo en su compartido interés por conocer las respectivas experiencias⁸¹. Pionero en estas lides de la reforma educativa, el republicanismo portugués (1910) tomó pronto conciencia de la importancia del discurso histórico en tanto instrumento de legitimación y hacedor de Patria⁸². Sin embargo, y dado que son las minorías intelectuales y políticas las que se ocupaban de tender puentes entre dos países cuyas ciudadanía divergían claramente, se trató de un fenómeno muy restringido, inserto en una red de relaciones personales.

La Institución Libre de Enseñanza, a partir del influjo de Giner de los Ríos en la cultura portuguesa —sus primeros escritos sobre Portugal aparecen en 1879— inició una tradición fructífera en torno a la indagación acerca de los proyectos reformistas de la República en materia educativa. La Junta de Ampliación de Estudios, y la Residencia de Estudiantes, el Instituto Escuela y el Centro de Estudios Históricos, al tiempo que normalizan la educación y la Universidad española en el entorno europeo, abrió un campo de interés por lo que respecta al contexto ibérico que, si bien fue débil en comparación con los nexos culturales que se establecieron con respecto a Francia, Gran Bretaña o Alemania⁸³, fue al menos novedoso. Otras instituciones habían tenido iniciativas fructíferas en tiempos de la Restauración. Merece la pena revisar el trabajo emprendido por el Museo Pedagógico Nacional de Madrid (1882-1941), en contacto con el Museo Pedagógico de Lisboa. Algunas publicaciones españolas, *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, *Revista Contemporánea*, *Nuestro Tiempo* y *El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, se hacían eco del movimiento reformista portugués.

Entre el final turbulento del siglo XIX y los inicios del XX algunas publicaciones informaban acerca de los acontecimientos culturales de Portugal. La prensa literaria española acogió en sus páginas a la escritura portuguesa, sirvan de ejemplo *La España Moderna* (1885-1915) y *Vida Nueva* (1898-1900). Algunos de los más destacados escritores españoles, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas

⁸⁰ HERNÁNDEZ DÍAZ, José M.ª: «La recepción de la pedagogía portuguesa en España (1875-1931)», en M. Esteban de Vega y A. Morales Moya: *Los fines de... op. cit.*, pp. 241-283.

⁸¹ Los Congresos Pedagógicos que se celebran a finales del XIX son en gran medida los foros de intercambio de conocimientos y experiencias pedagógicas más ilustrativos. A modo de pequeñas cumbres peninsulares, la diplomacia y la intelectualidad hispano-portuguesa hace de ellos un foro de encuentro de rango internacional. Ver, por ejemplo, las *Actas del Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano*, Madrid, Vda. de Hernando, 1894.

⁸² NOVAES, Joao: *A Pátria Portuguesa*, Lisboa, Livraria clássica editora de A. M. Texeira, 1913.

⁸³ HERNÁNDEZ DÍAZ, José M.ª: «La recepción de...», *op. cit.*, p. 256.

Clarín, Miguel de Unamuno o Ramón Gómez de la Serna, presentes en la publicística portuguesa finisecular⁸⁴, desviaron el debate político secular hacia la arena intelectual. El desconocimiento lingüístico —no sólo del resto de las lenguas que se hablan en Europa— era, a juicio de los escritores españoles, un gran obstáculo para el encuentro entre los dos países. Así, Clarín, desde el periódico *El Porvenir* (1882-1885)⁸⁵, proponía la creación de una Liga Literaria Hispano-Portuguesa, en la idea de que la literatura pudiera ser un instrumento más propicio que los tratados para forjar una comunicación entre los pueblos:

«Podrá ser discutible si España y Portugal deben juntarse en un solo Estado en breve término; pero no cabe discutir si conviene que dos pueblos hermanos y vecinos se conozcan mejor y, por consiguiente, se estimen más que hasta ahora»⁸⁶.

En *La Revista de Galicia* (A Coruña, 1880) dirigida por Emilia Pardo Bazán, se daba espacio al debate hispano-luso en torno al naturalismo literario. Valle Inclán, el traductor e introductor en España de Eça de Queiroz, mantuvo un discurso iberista sólido⁸⁷, un pensamiento con proyección atlántica. Su defensa de una federación ibérica proponía la división peninsular, según un criterio de racionalidad histórica, en cuatro zonas autónomas, Cantabria, Bética, Tarraconense y Lusitana, articuladas por supuesto desde Madrid. Portugal asumiría Galicia, aportando al proyecto su empuje marítimo y colonial. La visión iberista del español Juan Valera es relevante dada su vinculación personal con Portugal. Secretario de embajada entre 1850 y 1851 y embajador entre 1881 y 1883, el Iberismo del diplomático español experimentó cambios. Desde la exaltación que provenía de una experiencia vital juvenil intensa —los acercamientos encaminados a la unidad de los dos reinos— evolucionó hacia el desencanto propio con que su madurez observaba las posibilidades reales del proyecto peninsular. Las opiniones del último Valera plantearon muy tibiamente una suerte de fusión peninsular al modo que se estaba produciendo en otros jóvenes países del momento —Italia era un ejemplo— dando por sentadas las reticencias portuguesas hacia España y los sentimientos de mutua indiferencia.

De entre los autores españoles en cuya obra ensayística y literaria Portugal ocupa un lugar destacado tal vez sea Unamuno, a causa de la difusión de sus

⁸⁴ MOLINA, César Antonio: *Sobre el Iberismo y otros escritos de Literatura portuguesa*, Madrid, Akal, 1990, pp. 14-106. Ver también una síntesis de los trabajos de C. A. Molina en torno a las relaciones culturales entre Portugal y España en *El País* (16-V-1998).

⁸⁵ SEOANE, M.^a Cruz: *Historia del periodismo en España. T. 2: El siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1983.

⁸⁶ MOLINA, César Antonio: *Sobre el Iberismo... op. cit.*, p. 22.

⁸⁷ DOUGHERTY, Dru: *Un Valle Inclán olvidado: Entrevistas y conferencias*, Madrid, Espiral/Fundamentos, 1983.

ideas, el más reconocido⁸⁸. Sus ensayos breves y su relación epistolar⁸⁹ con otros intelectuales y escritores portugueses constituyen una materia de estudio de primera magnitud. En sus textos habla de Portugal como realidad geográfica e histórica, trata del carácter de pueblo portugués, de sus usos y costumbres cotidianos. La luso filia de Unamuno dio como fruto un conjunto de escritos que han pervivido y siguen gozando de una enorme actualidad. Admirador de la obra iberrista de Oliveira Martins, alabó siempre la *Historia de la Civilización Ibérica*. Su amistad y correspondencia epistolar con el poeta Teixeira de Pascoes⁹⁰ y con el médico y escritor Manuel Laranjeira, sus obras *Portugal povo de suicidas*⁹¹, *Por tierras de Portugal y de España*⁹², expresan la forma descorazonada con que ve Portugal: «*Portugal es un pueblo triste, y lo es hasta cuando sonríe*». En los escritos de Unamuno está narrada la autodestrucción a la que sucumbieron algunos destacados autores de las letras portuguesas en el periodo de entre siglos. Pero también la fascinación que el autor vasco siente por Portugal. Este amor proviene, a juicio de sus biógrafos, de su personalidad y se manifiesta en su permanente curiosidad por cuanto acontece en el panorama cultural y literario del país vecino. Paradojicamente su conocimiento geográfico de Portugal era parcial. Estaba familiarizado con el norte más que con el sur del país, y expresa en sus cartas el escaso interés que le produce Lisboa. Su iberismo bebe del mito, es cultural⁹³. Aunque tiene ideas antimónárquicas, ve con ojos de desconfianza la descentralización peninsular y defiende, en tiempos de la Gran Guerra, la independencia de Portugal ante quienes proponen su anexión a España⁹⁴. La petulancia española y la suspicacia portuguesa son causas de la incomunicación —dice—. Es bajo estas condiciones que las influencias extra peninsulares insisten en ahondar las diferencias, provocando tensiones indeseables. Unamuno cree en la existencia de un espíritu *ibérico*⁹⁵ que une y diferencia a los pueblos peninsulares. El trato entre

⁸⁸ GARCÍA MOREJÓN, Julio: *Unamuno y Portugal*, Madrid, Cultura Hispánica, 1964. También, en edición prologada por Dámaso ALONSO, Madrid, Gredos, 1971; MARCOS DE DIOS, Ángel: *Escritos de Unamuno sobre Portugal*, París, Fundação Calouste Gulbenkian, 1985.

⁸⁹ MARCOS DE DIOS, Ángel: *Epistolario portugués de Unamuno*, París, Fundación Calouste Gulbenkian-Centro Cultural Portugués, 1978.

⁹⁰ *Epistolario ibérico. Cartas de Unamuno e Pascoaes*, Lisboa, Assírio & Alvim, 1986. La primera edición de estas cartas se hizo en 1957 en Nova Lisboa (Angola). Fundador de movimiento *saudosista*, Teixeira de Pascoes fue editor de la revista mensual *A Águia*, que junto con la revista *Atlántica*, editada por el poeta João de Barros, tuvo gran predicamento entre los autores españoles.

⁹¹ UNAMUNO, Miguel de: *Portugal, povo de suicidas*, Lisboa, 1986.

⁹² UNAMUNO, Miguel de: *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

⁹³ UNAMUNO, Miguel de: «Relaciones entre España y Portugal. La influencia intelectual», *Hispania*, (1911).

⁹⁴ *Album de la Guerra. Los aliados en 1917. Comité de Periodistas catalanes para la Propaganda Aliadófila*, Barcelona, A. Artis, 1917.

⁹⁵ UNAMUNO, Miguel de: «Iberia», *Iberia* (10-IV-1915).

gentes y la comunicación lingüística son las herramientas que hacen posible el conocimiento. Unamuno tiene en cuenta la diversidad lingüística de España y cree razonable pensar que la interpenetración de las lenguas pudiera ser la fuente de la integración peninsular⁹⁶.

El ocaso del Iberismo

En el cambio de siglo Portugal y España hubieron de relacionarse teniendo presente que la coyuntura general y el contexto inmediato tenían una intensidad histórica sin precedentes⁹⁷. La conexión hispano-portuguesa durante el reinado de Alfonso XIII, irregular e imprecisa en los propósitos internacionales del país⁹⁸, estuvo supeditada a las condiciones impuestas por el protagonismo de la cuestión mediterránea⁹⁹. No obstante la mediatización internacional de la política en la Península Ibérica¹⁰⁰, a lo largo del periodo alfonsino y especialmente durante los años finales de la dictadura primorriverista, se produce una progresiva aunque accidentada convergencia entre los dos Estados. A todos los efectos, las posibilidades reales de las naciones peninsulares siguieron siendo reducidas. El mito de la decadencia de las naciones latinas siguió cobrando un precio a las naciones peninsulares. Europa manifestaba desdén hacia los intentos de regeneración colonial de España, cuya imagen exterior era la de un país débil y corrupto, de escasos recursos y difícilmente modernizable¹⁰¹.

Pero la principal dificultad para la convergencia provino sin duda de la asincronía histórica. Tras una etapa de intensa inestabilidad política, la República de octubre de 1910 perpetuó las condiciones de la crisis anterior¹⁰², aunque gozó con

⁹⁶ UNAMUNO, Miguel de: «Español-Portugués», *El diario gráfico* (9-VIII-1914).

⁹⁷ TORRE, Hipólito de la: «Portugal y España ante el horizonte europeo en la crisis del cambio de siglo (1890-1919)», en *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990). III Jornadas de Estudios Luso-Españoles*, Mérida, UNED, 1991, pp. 11-18.

⁹⁸ FERNÁNDEZ ALMAGRO, Manuel: *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1934; SECO SERRANO, Carlos: «Alfonso XIII y la diplomacia española de su tiempo», en *Corona y diplomacia. La monarquía española en la Historia de las Relaciones Internacionales*, Madrid, Escuela Diplomática, 1988; JOVER, José M.^a y GÓMEZ FERRER, Guadalupe: «La política exterior española (1902-1931)», en J. M. Jover, G. Gómez Ferrer y J. P. Fusi, *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX y XX)*, Madrid, Areté, 2001, pp. 634-667.

⁹⁹ SUEIRO, Susana: «La política exterior de España en los años 20: una política mediterránea con proyección africana», en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo, *La proyección exterior... op. cit.*, pp. 140-148.

¹⁰⁰ NEILA, José Luis: «España ante un sistema internacional en profunda mutación», en J. L. Neila, *Regeneracionismo y política exterior en el reinado de Alfonso XIII (1902-1931)*, Madrid, CEHRI, 2002, pp. 24-35.

¹⁰¹ UCELAY-DA CAL, Enrique: «La imagen internacional de España en el periodo de entreguerras: reminiscencias estereotipos, dramatización neorromántica y sus consecuencias historiográficas», *Spagna Contemporánea*, 15 (1999), pp. 23-52.

¹⁰² LOPES, Fernando Farelo: *Poder político e caciquismo na I República Portuguesa*, Lisboa, Estampa, 1994.

respecto a la española de 1931, de la ventaja que le proporcionó el ir adelantada en el tiempo. Sin embargo, en pleno retroceso de oleada ideológica y cultural del Iberismo peninsular, cada experimento republicano hubo de desarrollarse en un contexto histórico particular. Durante la Primera Guerra Mundial España adoptó una posición de neutralidad que algunos observadores de la época calificaron de actitud inhibitoria¹⁰³, aunque no indicara ninguna diferencia fundamental con respecto a la tradición internacional de la Monarquía alfonsina. Portugal por su parte se decidió por una política nacional intervencionista que la embarcó en el conflicto y expresó la fuerza de su nacionalismo cuando se opuso a la injerencia de la Sociedad de Naciones en los territorios coloniales portugueses. En cambio, la II República española, en plena era de reconstrucción mundial tras la crisis de 1929, optó por enfocar sus escasas acciones exteriores hacia puntos de interés renovados: Europa¹⁰⁴, el Mediterráneo¹⁰⁵, y sobre todo la acción cultural en América Latina¹⁰⁶, y se desliga con ello del nacionalismo imperialista tradicional.

La proclamación de la República en Portugal provocó, en lo que a la cuestión ibérica concierne, un fuerte desequilibrio. República y Monarquía se enrobaron, a uno y otro lado de la frontera, en proyectos de entidad imperial que, con su retórica iberizante, colmaban las ansias nacionalistas de unos y otros. Tras Algeciras (1906) la diplomacia alfonsina asumió con interés la tarea de encontrar una posición más activa en el sistema de las potencias. Junto al objetivo mediterraneísta, la monarquía española no tuvo reparos en plantearse medidas cuyo objetivo fuera el de frenar el posible contagio republicano en España. La injerencia monárquica en la crisis portuguesa, a raíz de la caída de la dinastía de los Braganza, adquiría tintes que no dejaban lugar a dudas acerca de los intereses españoles por asumir una posible anexión de Portugal. A este fin, Alfonso XIII buscó el apoyo de la Entente franco-británica —véase la entrevista celebrada en 1913 en París entre el monarca español y Poincaré—. En vísperas de lo que sería el inicio de la Gran Guerra el monarca español ofrecía el respaldo a Francia a cambio de obtener carta blanca en la Península. Lo cierto es que, como es bien sabido, Gran Bretaña no estuvo nunca dispuesta a admi-

¹⁰³ MORALES LEZCANO, Víctor: «Tres intelectuales regeneracionistas ante la guerra y la neutralidad (1914-1918)», en J. B. Vilar (ed.), *Las relaciones internacionales en la España contemporánea*, Madrid, Universidad de Murcia/Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp. 240-241.

¹⁰⁴ QUINTANA, Francisco: *España en Europa. 1931-1936*, Madrid, Nerea, 1993. Léase la opinión crítica de MADARIAGA, Salvador de: «España en Ginebra por la paz de Europa», *El Sol* (28-X-1932), con respecto a la Monarquía y su posición exterior.

¹⁰⁵ NEILA, José Luis: *España república mediterránea. Seguridad colectiva y defensa nacional (1931-1936)*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994. CD-ROM.

¹⁰⁶ TABANERA, Nuria: *Las relaciones entre España e Hispanoamérica durante la II República Española, 1931-1939: la acción diplomática republicana*, Tesis doctoral, Valencia, Universidad de Valencia, 1990.

tir la posibilidad de que España proyectara sobre Portugal su política de regeneración imperial¹⁰⁷.

Durante la Primera Guerra Mundial, Portugal abandona la neutralidad buscando una proyección internacional¹⁰⁸ que sirviese para reforzar el régimen republicano y le supusiese amparo frente a las intenciones iberizantes de España. No obstante, la reacción de algunos sectores en relación con la proclamación de la República fue inspiración de un Iberismo de naturaleza conservadora que confiaba en derrotar a la República y recuperar a la Corona portuguesa. El proyecto de unidad política con España tenía un sentido utilitarista y nada tenía en común con el Iberismo cultural previo. Renacen así los tópicos del Iberismo¹⁰⁹. En 1915, en *Arte de Ser Português*, el poeta y ensayista portugués Teixeira de Pascoes recurre a la interpretación tradicional y reduccionista del sometimiento castellano y a la simpatía que producen a los portugueses Galicia y Castilla, igualmente pequeñas y sometidas¹¹⁰.

Así pues, en el tránsito hacia el siglo XX, el Iberismo perdió parte de su identidad primigenia y se inscribió en un movimiento más genérico y versátil, el de la Hispanidad. En él adquirió una denominación peculiar, *Hispanolusitanismo*, que aludía al papel de liderazgo de ambos Estados Peninsulares en una sociedad internacional que tras la Guerra trata de abrir un compromiso beneficioso con el sistema de la Seguridad Colectiva. La política desempeñada por la monarquía española se encamina hacia el autoritarismo que decantará en la Dictadura primoriverista. Esta entra en sintonía con Portugal desde el momento en que se establece un régimen similar en 1926¹¹¹, ya ensayado en 1917 tras el golpe castrense de Sidónio Pais. La Hispanidad era el nuevo foco de atención de los intereses de la Dictadura¹¹², siendo así que Portugal sintió desvanecerse el espíritu de amenaza que sobre él había recaído durante los primeros tiempos de la monarquía alfonsina.

En 1915, en plena crisis provocada por las repercusiones socioeconómicas de la guerra, se constituye en Lisboa un partido político que recibe el nombre de

¹⁰⁷ TORRE, Hipólito de la: *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919*, Madrid, Espasa Calpe, 1983. Estudio pormenorizado de las relaciones ibéricas en este periodo.

¹⁰⁸ TEIXEIRA, Nuno Severiano: *O poder e a guerra, 1914-1919. Objetivos nacionais e estratégias políticas na entrada de Portugal na Grande Guerra*, Lisboa, Estampa, 1996.

¹⁰⁹ NIDO Y SEGALERVA, Juan del: *La Unión Ibérica. Historia del problema*, Madrid, Tipografía de Velasco, 1914.

¹¹⁰ TEIXEIRA DE PASCOES: *Arte de Ser Português*, 1915, p. 57

¹¹¹ VVAA: *O Estado novo. Das origens ao fim da autarcia, 1926-1959*, Lisboa, Fragmentos, 1987.

¹¹² El hispanismo cultural se manifestó de manera específica durante la dictadura de Primo de Rivera. A fines de 1925 Primo de Rivera informó acerca de la creación en el Ministerio de Estado de una división específica sobre América. A partir de entonces la estructura no dejó de crecer, pese a quedar desbordado en sus actuaciones por otras influencias europeas. Ver HUGUET, Montserrat: «El Imperio: la Hispanidad», en *Planteamientos ideológicos sobre la política exterior española de la inmediata posguerra (1939-1945)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp. 269-411.

Integralismo Lusitano, respuesta ideológica y política, de inspiración tradicionalista y católica, al republicanismo. El Integralismo mantuvo la identificación de Castilla con España. Tras las propuestas inofensivas de la propaganda iberista española se escondía una solapada intención de dominio. De signo monárquico, y nacido en la Universidad de Coimbra de la mano de Antonio Sardinha, entre sus filas encontramos los nombres de Luis de Almeida Braga, Hipólito Raposo, el Conde de Monsaraz, José Pequito Rebello, Julio Mello y Matos o Xavier Cordeiro. El grupo organizaría un ciclo de conferencias bajo el título de *La cuestión ibérica* en la sede de la Liga Naval de Lisboa, sesiones que hubieron de interrumpirse al poco de ser iniciadas por la irrupción en el salón de actos de un grupo de republicanos. Los integralistas defendieron la existencia de una relación entre la flaqueza de Portugal y la creación en España de fuerzas proclives a la unión que ellos interpretaban como anexión¹¹³. El Integralismo sostenía la figura del *homo atlánticus* como la base de la nación portuguesa, el protagonismo de las elites en política y la vuelta a una civilización rural, considerando que la modernización tecnológica conduciría al ateísmo y a la desintegración de la nación. Antonio Sardinha se refería al orden futuro en clave de *Cidade-Nova*, expresión del misticismo católico que recorre la espiritualidad de los integralistas. En 1926 las fuerzas del Integralismo y del catolicismo conservador alcanzaron el poder con una dictadura militar. El desgarro peninsular se aprecia de modo especial en la proyección externa de ambos países. La coyuntura posbélica favorece a una España que ha sido neutral durante el conflicto y en 1919 es admitida en el Consejo de la Sociedad de Naciones, convirtiéndose, a efectos internacionales, en el sujeto *visible* de la Península Ibérica. España no estaba destrozada por la guerra, sí en condiciones de hacer posible el impulso capitalista nacional¹¹⁴.

Antonio Sardinha, en un artículo publicado en *A Monarquía* y titulado «El descubrimiento de España», señalaba que el pecado de España en el problema peninsular era su ignorancia de Portugal, aunque se refería a Castilla como la «hermana mayor de Portugal». Sardinha asentó la construcción ideológica de su pensamiento sobre la base de un *Bloque hispánico* que fuese capaz de plantar cara al mundo anglosajón. Diputado monárquico bajo la presidencia de Sidonio Pais, en 1918, los tres años siguientes los pasó en un exilio político en España. Su tesis fundamental quedó escrita en *La Alianza Peninsular*, libro publicado en Oporto y España en 1924, con prefacio en el caso español de Gabriel Maura. La edición española de 1930 sería prologada por Ramiro de Maeztu¹¹⁵. La *Alianza*

¹¹³ TORRE, Hipólito de la: *Antagonismo y fractura... op. cit.*

¹¹⁴ NADAL, Jordi, CARRERA, Albert y SUDRIÀ, Carles (comps.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1994.

¹¹⁵ A finales de los años veinte Maeztu se dedicó a estudiar los integralismos europeos, que utilizó como fuente de sus argumentos en torno al integralismo hispano. Le interesaba el integralismo lusitano

Peninsular afirmaba una fe ciega en el destino peninsular. Dicha alianza era, a juicio de Sardinha, la clave del despertar histórico de ambos países. El *Iberismo* en cambio, llamaba a la confusión y al caos¹¹⁶. La obra de los integralistas tuvo un eco importante en España, donde *El Diario de la Mañana*, dirigido por Manuel Murias, promovió las conocidas *Edições Gama*, que a su vez crearon la colección *Clásicos del Pensamiento Político Portugués*, en la que se incluían obras del propio Sardinha, de Braga Almeida, de Ramos Ascensao, Raposo o Pequito Rebello. Algunos de los trabajos aparecidos en *La Alianza Peninsular* habían sido publicados previamente en revistas. Es el caso de *O pan-hispanismo*, aparecida en el número inicial de la revista portuguesa *Contemporânea* (1922), síntesis de dos ideas, el *españolismo* y el *lusitanismo*. En este texto Sardinha hablaba de la incorporación de Iberoamérica, subrayando la necesidad de superar previamente las luchas entre Portugal y Castilla, a fin de neutralizar la fuerza del *panamericanismo*¹¹⁷. Sardinha proponía antes la unidad moral que política. El término de Iberismo, referente del federalismo ibérico, está ausente sin embargo en la retórica de Sardinha, que habla en su lugar de *Peninsularismo* para referirse a un tipo de relación construida desde la tolerancia política y económica. Sardinha, Profesor de Ciencias Políticas de la Facultad de Derecho de Lisboa, percibía las dificultades económicas que habrían de sobrevenir a un proceso de unidad política.

Haciéndose eco del integralismo lusitano, el español Santibáñez del Río, en *Portugal y el Hispanismo*, (1920) dibujaba una *masa popular* que vivía en un odio a Castilla incitado por la monarquía portuguesa durante el siglo XIX de cara a afrontar el iberismo pragmático de los progresistas venidos de Francia. El Federalismo Ibérico —continuaba— había unido a los socialistas de ambos lados de la frontera, convirtiéndose en una doctrina peligrosa para la monarquía. Renegando del término Iberismo por su origen federativo, propone en su lugar el apelativo de Hispanismo:

«(...) la palabra iberismo es la cumbre que atrae a todas las tempestades. De poco nos serviría la lección de la Historia, si al antiguo «iberismo» no le dié-

porque le servía de respaldo a la elaboración de sus tesis sobre la *misión y esencia* de los pueblos peninsulares, de ahí el sentido de que prologara la obra de Sardinha.

¹¹⁶ Un anticipo de esta argumentación podía leerse en un libro precedente de SARDINHA: *A questao Ibérica*, aparecido en Lisboa en 1916 y en España en 1924, aprovechando el tirón editorial de *La Alianza Peninsular*.

¹¹⁷ En España, la preocupación por el efecto del Panamericanismo sobre el Hispanismo es apreciable en la publicística desde la celebración de la Primera Conferencia Panamericana, en 1899 a rebufo del Desastre, pero se agudiza en los años veinte con la creación de la Unión Panamericana (Conferencia de Santiago, 1923). Es constante la llamada de atención acerca de la influencia estadounidense en la organización regional. La atención hacia este particular aspecto de la vida internacional se mantuvo al menos hasta los comienzos de los años 40, en que la Segunda Guerra Mundial involucró a las repúblicas de América del Sur en el conflicto y reafirmó las tendencias anteriores hacia la creación de un espacio americano sui géneris, así como las críticas «retóricas» de España al respecto.

semos un valor actual efusivo. Le habremos de cambiar hasta el nombre por poco científico, por evocador de cosas que hay que borrar forzosamente, y porque designará el cauce nuevo de las viejas aspiraciones. Le llamaremos «hispanismo»¹¹⁸.

Al igual que Sardinha, Santibañez del Río hacía suya la queja del olvido político español con respecto a Portugal. Acusaba a la clase política española de haber mirado siempre por encima «*de las crestas del Pirineo*». Y no le falta razón por lo que respecta a la primacía del proyecto europeo durante la Monarquía de Alfonso XIII¹¹⁹, si bien el Hispanismo de dimensión retórica se mantiene álgido en el horizonte internacional de España. Pese a la relativa dulcificación del recelo peninsular, en 1921 el Congreso Hispanoamericano de Historia y Geografía obtuvo una resolución que declaraba que la palabra *hispano* era la apropiada para las cosas comunes de España y Portugal o referirse a los territorios de la América española y portuguesa, mientras que lo *latino* era una referencia impropia al incluir a Francia o Italia. Nuevamente podía tenerse la impresión de que la Hispanidad estorbaba al proyecto común precisamente por expresarse en sus formas abarcantes.

Durante los años veinte los Estados Peninsulares viven procesos históricos que desarman el proyecto liberal. Las posiciones dentro de los Estados se radicalizan por obra de la expresión de la lucha sin paliativos entre las fuerzas sociales que reivindicaban con violencia un papel en el sistema y las clases medias que, ante el desorden, reaccionan apoyando regímenes autoritarios de nuevo cuño. En ambos países el sistema político de raíz liberal carece de instrumentos para defenderse de los envites fruto de la disgregación social y la crisis institucional, reforzados estos encontronazos con la autoridad a causa de las dificultades en el restablecimiento colonial. Si España ha de enfrentarse a un suceso del calibre de *Annual*¹²⁰, Portugal se muestra incapaz de administrar convenientemente sus colonias africanas (Angola y Mozambique). Los golpes de Estado en España (septiembre de 1923) y Portugal (mayo de 1926) devuelven al ejército al escenario político.

Pese a las difíciles condiciones históricas, en el primer tercio del siglo XX se entablaron unas relaciones culturales peninsulares de cierto calado, a pesar de que en ambos países siguen siendo más conocidas las literaturas y obras de ensayo o carácter científico que producen otros países europeos. Los escritos peninsulares

¹¹⁸ SANTIBÁÑEZ DEL RÍO: *Portugal y el Hispanismo*, Madrid, 1920, pp. 12-13. Prologado por el Conde de Romanones.

¹¹⁹ JOVER ZAMORA, José M.^a y SECO SERRANO, Carlos: *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*. t. XXVIII, Madrid, España-Calpe, 1995; NEILA, José Luis: *Regeneracionismo y política exterior en el reinado de Alfonso XIII (1902-1931)*, Madrid, CEHRI, 2002.

¹²⁰ LA PORTE, Pablo: «Marruecos y la crisis de la Restauración 1917-1923», *Ayer*, 63 (2006).

circulan gracias a las vinculaciones personales entre los autores. Así, la fascinación que siente Ramón Gómez de la Serna al descubrir Portugal en 1915 queda reflejada en las dos partes de *Pombo* (1918)¹²¹, retrato del ambiente cultural lisboeta en los años de la guerra mundial, y en *Automoribundia* (1888-1948)¹²². El autor alaba las ciudades de Portugal, el espíritu europeo del país, sus *altas condiciones europeas*, dice. Pero al mismo tiempo se hace eco de la incomunicación y de la melancolía ajenas. En la obra de Gómez de la Serna no existe un interés por la cuestión peninsular o por el Iberismo, lo cual no es obstáculo para que exprese su incompreensión por lo que Gómez de la Serna entiende es la distancia de las cosas en la vida cotidiana de las gentes de ambas naciones. El dramaturgo se queda en Portugal y en 1923 construye una casa en Estoril, *El Ventanal*, donde se refugia unos años rodeado de sus amigos portugueses¹²³, de quienes habla con afecto en el segundo tomo de *Pombo*. El interés de Gómez de la Serna por Portugal tiene su reflejo en el que autores portugueses de enorme relieve manifiestan por España durante el primer tercio del siglo XX. Es el caso de Fernando Pessoa, promotor de la revista *Orpheu*, que acoge el ímpetu literario de la vanguardia portuguesa en los años de la Gran Guerra. *Orpheu* (Lisboa, 1915), dirigida en su segundo y último número por Pessoa y Sá Carneiro, expresa el relevo generacional en su afán por desplazar de la escena cuanto hay de *viejo* en la cultura portuguesa. En contra del *saudosismo* de Teixeira de Pascoes, que defendía que la esperanza residía en el pasado, los jóvenes vanguardistas miran hacia Europa desde la ilusión.

La revista portuguesa *Contemporánea* (1922), en cuyas páginas aparecían artículos de autores españoles como Ramón Gómez de la Serna, Adriano del Valle o el Marqués de Lozoya, presentó en la Asamblea General de la Sociedad Nacional de Bellas Artes la creación de una Sociedad de Amigos de España, de la que se proponía como socio honorario al Conde de Romanones, Presidente a su vez de la Sociedad de Amigos de Portugal. Los tres primeros números de la revista daban noticia del estado de formación de la Sociedad. En el número 4 aparecía ya un editorial, «*Nós e Espanha*» que rebatía el antiiberismo desde el que se acusaba a la revista de sumisión a España. Estas críticas provocaron un enfriamiento del Iberismo en *Contemporánea*¹²⁴. En enero de 1927 surge en España *La Gaceta Literaria*, empresa cultural de Ernesto Giménez Caballero, que se presenta como «*un periódico de letras*»¹²⁵. En la estela de la obra cultural del 1915 y de la revista

¹²¹ GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Pombo*, Madrid, Imprenta G. Hernández y Galo Sáez, 1918.

¹²² GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Automoribundia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948.

¹²³ MATOS, M.: «Amigos portugueses de Ramón Gómez de la Serna», *Arbor*, CXVII/457 (1984).

¹²⁴ MOLINA, César Antonio: *Sobre el Iberismo... op. cit.*, pp. 98-100.

¹²⁵ BASSOLAS, Carmen: *La ideología de los escritores. Literatura y política en la Gaceta Literaria (1927-1932)*, Barcelona, Fontamara, 1975.

España, según declaración de *La Gaceta* en su carta de presentación, su giro político, crítico con la República, es causa de su pérdida de lectores y cierre en mayo de 1932, tras unos años de intensa actividad que la situaron en centro del debate cultural. *La Gaceta* se dice a sí misma *ibérica*, americana e internacional. Busca la participación de todas las leguas peninsulares, si bien en sus páginas no aparecen algunas, como el vasco. El debate se abrió cuando los hispanistas trataron de mediar en la revista para equiparar proporcionalmente en las páginas de la publicación el peso de todas las lenguas y culturas peninsulares, frente a los críticos a esta *matemática* rigurosa del peso lingüístico. Además de la inserción de secciones temáticas variadas —arte, cultura, política, diplomacia—, la paulatina aparición de las secciones americana, catalana, o portuguesa, expresan coherencia con los principios inaugurales de la revista. En la sección *Postales Ibéricas*, se incluyeron informaciones relativas al Portugal de la cultura. En sus páginas encontramos reseñas y resúmenes de la obra de Eça de Queiroz, Oliveira Martins, Osorio de Castro, Antero de Quintal... *La Gaceta*, que además facilitaba información a los lectores españoles acerca de publicaciones portuguesas interesantes como *Presença*, *Civilização o Renascença*, facilitó si cabe las ya buenas relaciones entre muchos de los escritores peninsulares. Curiosamente, en un editorial con el título de «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica»¹²⁶, Giménez Caballero contradecía el ideal iberista de la publicación al verter sin ningún pudor la idea de que Madrid era el centro del proyecto ibérico-hispanoamericano. Este punto de vista no hacía sino fomentar las suspicacias de las diversas identidades culturales de la Península, empezando por la portuguesa, y alentaba las reacciones antiiberistas. En el *Almanaque Literario* de 1935 el espacio dedicado a Portugal lleva la firma del pintor Almada Negreiros quien, en su artículo «Norte-Sur», subraya el obstáculo de las influencias inglesa y francesa en el devenir común de la Península: «nosotros, latinos y meridionales, jamás evitaremos este tutelaje anglo-sajón sino después de conocerlo enteramente y superarlo». En las páginas de este *Almanaque* se encuentran las vanguardias peninsulares con la portuguesas: Pessoa y Sá Carneiro, Jiménez Caballero y Juan Ramón Jiménez, Lorca y Almada Negreiros.

El hermanamiento de los autoritarismos y las dictaduras peninsulares quebró definitivamente el proyecto doctrinal del Iberismo. La convergencia entre ambos Estados a finales de los años treinta sirvió para estrechar la colaboración en la tarea de disolver definitivamente el liberalismo peninsular. La estabilidad política en España y Portugal, a partir de 1939, constituiría el punto de partida para un nuevo tiempo de relaciones políticas de cuya eficacia y aprovechamiento por

¹²⁶ GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: «Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica», *La Gaceta Literaria*, 8 (15-IV-1927).

los regímenes autoritarios que las promovieron no cabe hoy duda alguna, pero cuyos efectos sobre la irregular aunque constante tradición iberista en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX fueron devastadores¹²⁷.

¹²⁷ CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Ensayos iberistas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.